

El último bloque temático de la obra está dedicado a «La plata y el poder», interesante perspectiva de análisis. Álvaro Recio Mir se fija en el aspecto suntuario de los carruajes barrocos en España y Nueva España, en las guarniciones de oro y plata, los adornos con tela y los uniformes de cocheros y lacayos.

María Jesús Mejías Álvarez analiza la relación atlántica de poder y devoción entre Quito y Vélez-Málaga a partir de la donación que en 1783 hizo Juan José de Villalengua y Marfil, presidente de la Audiencia de Quito, a la iglesia de San Juan Bautista de su localidad natal.

Por último, la colaboración de Juan Manuel Blanco Sosa se centra en las medallas de tipo premial *Al mérito y Fidelidad* a Carlos IV y *En Premio de la Fidelidad* a Fernando VII, especialmente en las elaboradas por Francisco Gordillo, grabador principal de la Casa de Moneda de México desde 1801.

Entre los méritos de esta obra colectiva, sin duda de notable interés para los estudiosos de los metales y las piedras preciosas en el mundo iberoamericano, hay que destacar que es un punto de encuentro interdisciplinar e interinstitucional que los coordinadores han fomentado desde hace años a ambos lados del Atlántico, como prueba esta obra y las que sobre la misma temática le han precedido.—MARÍA DEL CARMEN MARTÍNEZ, Universidad de Valladolid.

Saucedo Lastra, Fernando, *México en la obra de Roberto Bolaño. Memoria y territorio*, Madrid-México DF, Iberoamericana-Bonilla Artigas Editores, 2015, 208 pp.

Pocos escritores han conseguido levantar tal nivel de expectación en los últimos años como Roberto Bolaño, cuya producción póstuma daría no para una reseña, sino para una monografía de largo alcance que está por hacer, a tenor de la inusitada cantidad de manuscritos que dejó guardados o archivados y que parecen abarcar todos los palos de la creación, convirtiéndolo en una figura central de la narrativa hispanoamericana de comienzos del presente siglo. Por ello, a tenor de lo visto en los últimos años —cinco novelas póstumas y varios libros de cuentos y ensayos— parece imposible abarcar la obra completa del escritor chileno, entre otras razones porque, según parece, todavía hoy quedan manuscritos por expurgar y limpiar para

disfrute de sus lectores más incondicionales y estupor de los más críticos, que no ven con buenos ojos la publicación y comercialización de obras que son solo apuntes o proyectos literarios inacabados. En este sentido, el libro publicado por Fernando Saucedo Lastra no pretende ser, en modo alguno, abarcador ni totalizador, sino un primer acercamiento a un tema tan sugerente como necesario: la relación de México con el narrador chileno desde sus orígenes como escritor hasta la monumental *2666* (2004).

El libro que reseñamos, concebido con una clara intención didáctica y pedagógica, nace de un vacío bibliográfico un tanto extraño que ha pasado por alto la presencia de México en la producción literaria de Bolaño, sobre todo si se tiene en cuenta que los estudios sobre su obra se han multiplicado de manera exponencial por los cuatro confines del panhispanismo, alcanzando niveles que rozan la hipérbole bibliográfica. La obra de Saucedo está dividida en cuatro capítulos, de los cuales los dos primeros son acercamientos a la biografía del escritor: «La relación de Roberto Bolaño con México» y «México en la obra de Roberto Bolaño. 1980-1997». Los dos últimos —«El espacio dividido: la ciudad y el desierto en *Los detectives salvajes*» y «El retorno al origen y permanencia del mal: *2666*»— centran su análisis en las dos obras mayores de Bolaño, aunque, dada la magnitud temática y argumental de las dos novelas, el análisis queda reducido inevitablemente a un primer acercamiento necesario para futuras investigaciones.

Como dijo el escritor en numerosas ocasiones, México es fundamental en su formación literaria, y España en todo lo referente a su formación personal y sentimental. Su llegada al país azteca se produce en una fecha simbólica, 1968, siendo apenas un adolescente de quince años, en lo que fue una segunda oportunidad para sus padres. Es un momento verdaderamente conflictivo y complejo, con la celebración de las olimpiadas, la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz y la matanza de Tlatelolco, referencias que aparecerán en sus novelas y relatos. Son años de grandes amistades y lecturas, como las que le proporciona Mario Santiago, quien lo puso en contacto con el grupo de poetas rebeldes del taller de Difusión Cultural de la UNAM, que más tarde formaría el núcleo del *infrarrealismo*, integrado por el propio Mario Santiago, Ramón Méndez y Héctor Apolinar, quienes toman su nombre de un texto de ciencia ficción del escritor ruso Georgij Gurevic. De su paso por este movimiento le queda a Bolaño una mirada solidaria y empática sobre toda literatura marginada y marginal, la visión de la literatura como provocación y el rechazo frontal a cualquier adscripción política de la obra, aunque esta, en sí misma, mantiene una posición

de compromiso con la realidad. Lector voraz de los mexicanos, volvió una y otra vez a figuras como José Juan Tablada, Julio Torri, Alfonso Reyes, los estridentistas, Ramón López Velarde, Juan Rulfo, Efraín Huerta, Carlos Fuentes u Octavio Paz, al que retrata en *Pista de hielo* o *Los detectives salvajes* como un personaje absolutamente engolado y con una pedantería insoportable. Si para Bolaño Chile es el país de la infancia, de la primera memoria sentimental, México es el territorio inconmensurable de la adolescencia y de la primera juventud. Un país que llenó de fantasmas su imaginario y al que nunca volvería. Eso no ha sido impedimento para que Juan Villoro considere a Bolaño como un escritor perteneciente al canon de la literatura mexicana, considerando a *Los detectives salvajes* (1998) como la novela más importante escrita por un extranjero sobre su país después de *Bajo el volcán* (1949) de Malcolm Lowry.

Fernando Saucedo rastrea con intensidad en las obras primeras de Bolaño, donde nunca faltan los mexicanos misteriosos, violentos, claramente desequilibrados, dominados por una fuerza destructiva que será desarrollada en sus novelas posteriores. La mayor parte de las referencias a México tiene que ver con su capital, especialmente el centro histórico, con alusiones al norte, como las aparecidas en algunos relatos. El norte para Bolaño es el desierto, la desolación, la muerte, una tierra sin ley, sin justicia, simbolizada en ese territorio siniestro llamado Santa Teresa, «metáfora del horror y el mal en el siglo XX» como la ha definido el escritor boliviano Edmundo Paz Soldán. México y lo mexicano tienen un lugar preferente —como ha analizado Saucedo— en *Los detectives salvajes*, novela torrencial, oceánica, considerada por Juan Villoro como una «marea de historias». A través de una multiplicidad de tramas y subtramas reconstruye la suerte de Ulises Lima, mexicano, y Arturo Belano, chileno, líderes de la vanguardia poética mexicana, el llamado «real visceralismo», quienes durante veinte años llevan a cabo una búsqueda de una poeta estridentista, Cesárea Tinajero, perdida en algún lugar de la geografía mexicana. La novela consta de tres partes: la primera, «Mexicanos perdidos en México», corresponde con el diario de Juan García Madero, que abarca de noviembre a diciembre de 1975 en una narración lineal; la segunda, «Los detectives salvajes», presenta una multiplicidad de cincuenta y dos voces-personajes que hablan, se contradicen, superponen discursos, aparecen y desaparecen, conformando veintiséis capítulos, secciones o bloques que amplían la horquilla cronológica desde enero de 1976 a diciembre de 1996; la tercera, «Los desiertos de Sonora», retoma los diarios de Juan García Madero,

desde el primero de enero al 13 de febrero de 1976, en donde cuenta el viaje que emprenden Ulises Lima, Arturo Belano y Lupe, una joven prostituta que huye del amante de esta, mientras buscan a la poeta desaparecida. En la primera parte aparece México DF con toda su fascinación, ciudad abierta y peligrosa, hervidero cultural y artístico con mil ramificaciones. Poco a poco la ciudad va perdiendo materialidad para convertirse en una entidad onírica, un espacio fantasmagórico y amenazante.

En cierto sentido México DF es vista como una ciudad saturada de peligros, en permanente tensión con fuerzas apocalípticas —tornados, huracanes, maremotos, incendios— que tratan de borrarla del mapa, como si el desastre y la distopía fueran inminentes, lo que permite a Saucedo relacionar esta novela con otros referentes como *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal o *La región más transparente* de Carlos Fuentes. Frente al frenesí de la ciudad de México, abigarrada y saturada de gente, el desierto representa el vacío, un mundo extraño y amenazante, donde todo parece estar contra el hombre: los animales, los insectos, la vegetación, el clima. Ambos espacios, ciudad y desierto, son vistos y analizados como auténticos laberintos, uno desde la multitud, el ruido y la heterogeneidad y el otro desde el silencio, la soledad y la homogeneidad.

El último capítulo del libro reseñado viene a completar este eje temático con un primer acercamiento a *2666* (2004), novela póstuma, monumental, inabarcable en muchos sentidos, en parte por la decisión —posiblemente acertada— de su editor, Jorge Herralde, y de su albacea testamentario, el crítico Ignacio Echeverría, de publicarla al completo, unificando en un solo volumen lo que debía ser una secuencia de cinco novelas. De hecho, los cinco libros han sido reconvertidos en las cinco «partes» que no terminan de estar bien entrelazadas entre sí, debido a ese carácter autónomo en su elaboración, y, sobre todo, porque como se ha demostrado con otros manuscritos publicados de forma póstuma —especialmente *Los sinsabores del verdadero policía* (2011)— *2666* era, en el momento del fallecimiento de Bolaño (2003), una obra inacabada, un *work in progress*. De hecho, cada una de las partes tiene sus propios personajes, su estilo, su cronología y sus recursos literarios, aunque sobre la totalidad de la obra parece planear una doble obsesión: la búsqueda del escritor alemán Benno von Archimboldi y la muerte violenta de mujeres en Santa Teresa, trasunto de Ciudad Juárez.

Es evidente que este proyecto único en las letras hispanoamericanas, cuyas dimensiones resultan abrumadoras y, en cierto sentido, colosales, está lleno de riesgos en su propia concepción, idea que parece formar parte

de toda una poética del escritor chileno, quien concibió desde siempre la ficción como un acto de peligroso funambulismo, como recogía en su obra *Entre paréntesis* (2004), donde sostiene que toda escritura de calidad consiste en «saber meter la cabeza en lo oscuro, saber saltar al vacío, saber que la literatura básicamente es un oficio peligroso. Correr por el borde del precipicio: a un lado el abismo sin fondo» (citado por Saucedo en p. 161). De alguna manera, *2666* nos sumerge en un mundo abisal y abyecto, una nueva pangea literaria del horror y la infamia, que se ramifica hasta lo inabarcable en centenares de subtramas que se entrecruzan, formando una verdadera constelación argumental donde puntean centenares de motivos siniestros que golpean la sensibilidad del lector. Cualquier análisis de la obra está sujeto de antemano a las arbitrariedades de la simplificación temática, o al desenfoco de la verdadera naturaleza de la obra, por eso resulta especialmente clarificador el análisis propuesto por Fernando Saucedo, tomando como vector central de su investigación la presencia de México y lo mexicano entre los centenares de páginas que conforman la novela. De esta forma se alcanza una lectura de conjunto que sirve para aclarar y dar sentido a algunos de los mayores interrogantes compositivos de esa obra, como es el carácter complementario de los capítulos 1.º y 5.º, titulados respectivamente «La parte de los críticos» y «La parte de Archiboldi». Si en el primero de ellos se plantea la búsqueda de un misterioso escritor alemán, nacido en 1920, llamado Hans Reiter, conocido por un extraño pseudónimo, Benno von Archiboldi, quien supuestamente se ha trasladado a México, a la frontera con EEUU, en un momento en el que comienza a filtrarse en la narración la muerte indiscriminada de mujeres en Santa Teresa; en el segundo se cuenta, parcialmente, la historia de Lotte Reiter, hermana de Archiboldi, quien continuamente viaja a este enclave siniestro, a visitar a su hijo preso, Klaus Haas, acusado de ser el asesino de las mujeres. Según esta lectura complementaria, llegamos a desentrañar uno de los grandes enigmas de la novela: las razones por las que Archiboldi viajó al México más peligroso, a pesar de su condición de octogenario.

Del análisis que lleva a cabo de las partes centrales de la novela, capítulos 2.º («La parte de Amalfitano»), 3.º («La parte de Fate») y 4.º («La parte de los crímenes»), se desprende un grado considerable de cohesión temática a partir de la violencia tremenda ejercida contra las mujeres mexicanas, especialmente las que viven y trabajan en la frontera. En cierto sentido, las partes 2.^a y 3.^a preparan al lector para sumergirlo en un mundo terrible, dominado por el mal, la violencia y la locura, visible en la vida quebrada

del profesor Óscar Amalfitano, con el rumbo perdido después de ser abandonado por su mujer, quien cuelga libros de geografía en los cordeles de la ropa y oye voces que lo interrogan y le hablan de los crímenes cometidos a pocos metros de donde vive con su hija. Saucedo subraya con gran tino las relaciones que existen entre la locura de Amalfitano y las señales inquietantes de todo cuanto le rodea: el sabor del agua, el color de la tierra, las formaciones graníticas del desierto, el cielo morado o el paisaje desolador, con trazas apocalípticas. De gran acierto es el análisis que en la tercera parte hace del periodista negro Quincey Williams, más conocido como Oscar Fate, con quien Bolaño tiene la tentación de denunciar los crímenes horribles cometidos en Santa Teresa, adonde acude como corresponsal para cubrir un combate de boxeo. El mundo que retrata Bolaño es irreal, fantasmal, al tiempo que revela la pobreza extrema del México fronterizo. Como si la frontera fuera una herida que crece de forma imparable, en esta parte ya hay una información detallada de las maquiladoras que aparecen muertas, descuartizadas, violadas, y sus cuerpos en posiciones imposibles en el desierto, en un mundo que parece saturado por la muerte y que constituye, claramente, el reverso de la modernidad. De hecho, para Fate, Santa Teresa está «a mitad de camino entre un cementerio olvidado y un basurero». Saucedo considera que la mirada de Bolaño sobre la realidad mexicana de la frontera resulta descarnada y para ello describe a sus pobladores como «Extraños, oscuros, explosivos mexicanos cargados de una fuerza amenazante, destructiva y autodestructiva, golpeadores y violadores de mujeres; cobardes, insensibles o indiferentes frente al espectáculo de la violencia» (p. 159).

«La parte de los crímenes» resulta espeluznante por el asesinato (¿ritual?) de mujeres y niñas en Santa Teresa, lo que convertiría a México en un inmenso cementerio, idea prefigurada en el número-fecha 2666, al que el autor reseñado trata de dar una explicación más que plausible (p. 132), fijando además las tres grandes líneas argumentales de esta parte central de la novela, entre las que cabe destacar la presencia del periodista Sergio González, autor de *Huesos en el desierto*, el retrato sórdido de Klaus Hass, principal sospechoso de los crímenes, o la historia de amor entre el policía Juan de Dios Martínez y Elvira Campos, la directora del manicomio de Santa Teresa. Como señala Saucedo, uno de los grandes logros estilísticos de esta parte ha sido la apropiación del lenguaje lacónico del informe policial y de la terminología médica para recrear las circunstancias de una violencia inusitada que acabó con la vida de ciento diez mujeres. De esta

manera, México aparece en 2666 como una inmensa distopía, un lugar desolado en donde quedan impunes los criminales, los violadores, los sicarios, los corruptos, todos aquellos que de alguna manera han sido cómplices de esta barbarie bautizada como *feminicidio*.

En resumidas cuentas, el libro de Fernando Saucedo resulta tan didáctico como útil para un primer acercamiento al complejo mundo narrativo de Roberto Bolaño y constituye una aportación importante a la bibliografía del escritor chileno.—JOSÉ MANUEL CAMACHO DELGADO, Universidad de Sevilla.

Valle Pavón, Guillermina del, *Donativos, préstamos y privilegios. Los mercaderes y mineros de la ciudad de México durante la guerra anglo-española de 1779-1783*, México, Instituto Mora, 2016, 227 pp.

El papel de las élites regionales en la política de la monarquía hispánica es, desde hace algún tiempo, una parcela pujante en la discusión historiográfica. Para reparar en ese fenómeno, es necesario prestar atención a la actuación de corporaciones como la de comerciantes de México. Una temática en la que desde hace años se maneja con mucha solvencia Guillermina del Valle Pavón. Su libro *Donativos, préstamos y privilegios. Los mercaderes y mineros de la Ciudad de México durante la guerra anglo-española de 1779-1783*, que centra nuestra atención aquí, muestra con acierto cómo el análisis del financiamiento de las campañas militares permite vislumbrar espacios de negociación entre las élites y la Corona. Así, durante los años que preceden a la alianza entre la monarquía hispánica y Francia (1779) y los del conflicto bélico con Gran Bretaña, se aprecia cómo las apremiantes necesidades económicas de la Corona brindaron a los ricos comerciantes y mineros, organizados en corporaciones o de forma individual, la oportunidad de obtener ciertos privilegios y ventajas a cambio de su apoyo financiero.

La demanda de fondos en el virreinato de Nueva España para soportar los gastos bélicos en el conflicto anglo-español, es una cuestión conocida. Varios autores han reparado, desde un punto de vista cuantitativo, en los ingresos del erario virreinal por donativos y préstamos durante esa guerra. Al respecto, hay que señalar que el valor del libro que reseñamos está en que pone el acento en los hombres y sus relaciones, así como en las